

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1962 - Núms. 111-112



SEVILLA

PUBLICACIONES

DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



838

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. 366

ARCHIVO HISTÓRICO
DEPÓSITO LEGAL, SE-25-1958
HISTÓRICA BIBLIOTECA
Y ARTÍSTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 29. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Epoca
Año 1962



Tomo XXXVI
Números 111-112

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1962

ENERO - ABRIL

Ns. 111 - 112

CONSEJO DE REDACCIÓN

Excmo. Sr. D. MIGUEL MAESTRE Y LASSO DE LA VEGA, Presidente de la Diputación Provincial.—Sr. D. Pedro VALVERDE FREDET, Presidente de la Comisión de Educación —Excmo. Sr. D. José HERNÁNDEZ DÍAZ.— Sr. D. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA. Sr. D. ANTONIO MUÑO OREJÓN.— Sr. Secretario de la Diputación Provincial. Sr. Interventor de la Diputación Provincial.

Director:

Sr. D. Manuel JUSTINIANO Y MARTÍNEZ,
Cronista Oficial de la Provincia.

Administrador:

D^a Araceli SHAW GARCÍA.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

- Hipólito Sancho de Sopranis.—*La Orden de Sancti Spiritus en el Arzobispado Hispalense (1500-1600)*.—Final..... 9
- Francisco Alvarez. Lectoral.—*Relaciones entre la fe y las ciencias humanas*..... 37
- José J. Real Díaz.—*El sevillano Rodrigo de Bastidas. Algunas rectificaciones en torno a su figura*..... 63

MISCELANEA

- Tomás de A. García García.—*Contribución sanluqueña a la Historia Agrícola Nacional*..... 105
- Carlos Schlatter.—*Sevilla bajo los Hapsburgos*..... 113
- Manuel Justiniano.—*La Universidad de Deusto*..... 119
- Crítica musical*, por Norberto Almandoz..... 127

LIBROS

- Eugenio Noë. *Diario íntimo*, por M. J. M..... 135
- Burgos, Antonio: *Palabras en el vacío*, por José Félix Navarro Martín..... 137
- Fermín Requena: *Tiempos heroicos de la Antequera cristiana*, por M. J. M..... 138
- Juretschke, Hans: *Los afrancesados en la Guerra de la Independencia*, por José Manuel Cuenca Toribio..... 139
- Artz, Helmut: *Alemania, hoy*, por José Félix Navarro Martín..... 144
- Revista de Revistas*..... 149

ARTICULOS

REVISTA MEXICANA DE HISTORIA

Publicada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM

VOL. 10, No. 1
1972

Director: Dr. Manuel Gamio
 Presidente: Dr. Manuel Gamio
 Secretario: Dr. Manuel Gamio
 Administrador: Dr. Manuel Gamio
 Consejo Oficial de la Revista: Dr. Manuel Gamio
 Administrador: Dr. Manuel Gamio

CONTENIDO

Historia Social de los Indios en el Estado de Veracruz	105
Historia Social de los Indios en el Estado de Veracruz	112
Historia Social de los Indios en el Estado de Veracruz	119
Historia Social de los Indios en el Estado de Veracruz	126

MISCELÁNEA

Historia Social de los Indios en el Estado de Veracruz	105
Historia Social de los Indios en el Estado de Veracruz	112
Historia Social de los Indios en el Estado de Veracruz	119
Historia Social de los Indios en el Estado de Veracruz	126

LIBROS

Historia Social de los Indios en el Estado de Veracruz	105
Historia Social de los Indios en el Estado de Veracruz	112
Historia Social de los Indios en el Estado de Veracruz	119
Historia Social de los Indios en el Estado de Veracruz	126

RELACIONES ENTRE LA FE Y LAS CIENCIAS HUMANAS (*)

"*Crede ut intelligas*"
"*Cree para entender*"

Origen del problema.

MUY agitado durante todo el siglo XIX, y frecuentemente mal resuelto, el problema de las relaciones entre la fe y la ciencia, o entre la verdad revelada y la razón, se presenta por primera vez cuando, al penetrar la filosofía griega, a raíz de la muerte de Alejandro (323), entre los judíos de la Diáspora, o que vivían fuera de Palestina, la ciencia presenta una modalidad nueva hasta entonces insospechada: la contraposición de una ciencia de origen puramente humano, la filosofía racional, tal como había sido elaborada por los griegos, con otra de origen divino, contenida en los libros inspirados de la Biblia.

Este hecho plantea, por una parte, la cuestión de las relaciones mutuas entre el campo de la razón y el de la revelación; y, por otra, establece una distinción fundamental entre los dos órdenes del saber: el *natural*, o filosófico, y el *sobrenatural*, o revelado. La ciencia griega era la investigación de las esencias; la Teología, por el contrario, será un conocimiento, informado por la fe, sobre la realidad en su totalidad, divina y creada, desde el plano de Dios y con relación a Dios, ciencia teocéntrica en su sentido más estricto, puesto que Dios sería para el teólogo la razón última de conocer.

(*) Texto de la conferencia pronunciada por su autor en la Cátedra de Teología «San Isidoro» de la Universidad de Sevilla.

Unidad y jerarquía de la ciencia griega.

La ciencia griega no se había planteado nunca tal problema, por cuanto, si en ella se establece la jerarquización del saber, se ignora del todo su separación, ya porque era desconocida la existencia del orden sobrenatural, ya porque la Metafísica, como ciencia suprema, debía fijar la existencia, naturaleza y propiedades de cada una de las ramas de la única ciencia.

En efecto, sin con Aristóteles y su Escuela, el Liceo, se da un paso gigante para la distinción y articulación orgánica de las distintas partes de la ciencia y queda consolidada su división en tres grandes grupos: Física, Matemáticas y Teología natural o Teodicea, división que, con ligeras variantes, será adoptada en la Edad Media por la Filosofía árabe y la Escolástica cristiana; si en Alejandría, la bella creación de Alejandro y centro principal de difusión de la cultura helenística, se prosigue la labor de diferenciación, ni Aristóteles, ni ningún otro filósofo griego llegan a establecer separación entre la ciencia y la filosofía; para todos ellos, un solo saber se divide en diversas partes, por razón de los objetos sobre que versan, y por la manera de considerarlos la inteligencia, pero todas ellas articuladas entre sí.

La misma diferenciación aristotélica entre las ciencias particulares y una ciencia general, la Filosofía primera, que considera el ser en cuanto ser, no tiene, ni remotamente, el sentido de una separación entre dos órdenes del saber, como siglos más tarde se ha pretendido establecer entre las ciencias y la Filosofía; ésta abarcaba todo el rico conjunto de las materias integradas en el *Corpus aristotelicum*; hay, sí, jerarquía y orden y, por consiguiente, subordinación entre las distintas ramas del saber, pero una sola ciencia.

Ahora bien, mientras para Platón la cima de la ciencia había que colocarla en la Dialéctica o Metafísica, como ciencia del ser puro de las Ideas, y que conoce las cosas por las razones supremas del ser, para el Estagirita, al graduar la superioridad o inferioridad de una ciencia, debía atenderse no sólo a la amplitud de su objeto, sino también a la trascendencia del mismo. El universo —decía— está constituido por una pluralidad de seres reales, escalonados en orden de perfección, desde el inferior de todos, que es la materia prima, hasta el supremo, que es Dios. Como quiera que el orden lógico de la ciencia debe seguir un paralelismo exacto con el orden ontológico de la realidad, y puesto que la forma es el principio intrínseco de distinción y

de preeminencia entre las diversas clases de seres, éstos van ascendiendo en la escala por razón de la mayor perfección de sus formas, desde las puramente materiales hasta llegar a las celestes y finalmente a la sustancia divina, cima de todos los seres.

En consecuencia, la ciencia más excelente es la que tiene el objeto más excelente. Tal es la Teología —término que debe entenderse siempre en Aristóteles de la Teología natural o Teodicea—, cuyo objeto es Dios, primer principio y primera causa, acto puro y ser supremo trascendente en el orden ontológico, cima del ser y causa del movimiento de los demás seres.

Pero atendiendo a la universalidad, a la amplitud de su objeto, la ciencia primera es la Metafísica, ciencia generalísima y de la cual toman todas las demás sus principios y, que a diferencia de las otras ciencias particulares, que estudian aspectos concretos de los seres, considera lo que todas tienen de común, prescindiendo de las diferencias particulares, que las distinguen; ella es la que debe elaborar, precisar y definir un conjunto de nociones fundamentalísimas, para suministrarlas a las demás ciencias, sin excluir a la Teología natural, nociones que ellas utilizan después analógicamente cada una en su campo respectivo. La Metafísica, por lo mismo, es la ciencia superior que establece las bases firmes, en que se asientan las demás ciencias particulares, y de la cual toman sus nociones fundamentales, sin necesidad de detenerse a explicarlas, puesto que las suponen ya justificadas por una ciencia universal.

Pero cada una de ellas sigue y aplica sus procedimientos científicos propios, acomodados a la naturaleza de la materia u objeto sobre que versa, y en orden al fin que se propone alcanzar. Quedan, de esta suerte, establecidas la primacía y la distinción, a la vez que la armonía, entre una ciencia generalísima y todas las demás ciencias particulares, las cuales, beneficiándose de las nociones fundamentales que les suministra la ciencia general, deben investigar cada una en su propio campo y acerca de su objeto propio.

Tendencia conciliadora de Filón.

No había, por consiguiente, en la ciencia griega lugar para la conciliación entre dos órdenes del saber, uno de los cuales era completamente desconocido. Se presentaría por primera vez, como queda dicho, al ponerse los judíos en contacto con la cultura griega, cuya influencia se dejó sentir de una manera particular en la numerosísima colonia judía residente en Alejandría,

siempre favorecida por los Ptolomeos, los sucesores de Alejandro en el trono de Egipto.

En efecto, mientras los judíos de Palestina, en general, se mostraron hostiles al Helenismo, sin ninguna concesión ni compromiso, esforzándose en la medida de lo posible, por vivir separados de los paganos, multiplicando con este fin las barreras capaces de evitar la influencia griega, los de la Diáspora, aunque la mayoría no tomara del Helenismo más que lo externo y la lengua de la Koiné, hubo entre ellos quienes, atraídos por la filosofía griega y decididos, por otra parte, a no menoscabar su monoteísmo ante aquellas seductoras, pero mal cimentadas concepciones, se esforzaron, ya en demostrar la superioridad de su fe, ya en conciliar la revelación del A. Testamento con la filosofía griega.

Dos son, en consecuencia, las tendencias predominantes entre los judíos eruditos de Alejandría: la de aquellos en quienes la cultura helenística provoca un sentimiento de reacción, que da origen a un movimiento de carácter apologético, para intentar demostrar la superioridad de la Biblia sobre la doctrina de los filósofos; y la tendencia conciliadora, representada en especial por Filón, la gran figura del movimiento filosófico judeo-alejandrino y el más helenizante de los pensadores de Israel.

Contemporáneo de Jesús, aun permaneciendo un judío auténtico, fiel a Yahvé y discípulo de Moisés y admirador de la Ley, con el fin de armonizarla con la filosofía, concibe una atrevida teoría, que le permitía permanecer fiel al Dios trascendental de los judíos y defender al mismo tiempo el de Aristóteles contra los estoicos, tomando de ellos, sin embargo, su *Logos*, pero desprendido de la materia, para que sirviese de intermediario entre Dios y el mundo. Se servía, en este intento de conciliación, de la exégesis alegórica de la Sagrada Escritura, que se plegaba en sus manos, en su pretensión de descubrir toda la filosofía griega en la Ley de Moisés. Tan sólo su sincera adhesión a su religión y a sus tradiciones pudo contenerle en esa pendiente resbaladiza, sin que, a pesar de los errores del método, sufrieran merma su fe monoteísta y sus ideas religiosas. Se ha dicho que fue Filón quien puso las bases de la cultura occidental, haciendo de la cultura clásica y de la Filosofía el fundamento racional de la Teología; al menos, sí cabe afirmar que su intento supone la primera manifestación de una tendencia, que encuentra sus inmediatos continuadores en los Padres de la Iglesia, después en la filosofía árabe, cuando pretenda armonizar la filosofía griega con el Islam, y más tarde en la Escolástica cristiana.

La escuela catequística de Alejandría.

Fueron Clemente y su discípulo Orígenes, sucesor de su maestro en la Escuela fundada por Panteno, quienes, en la primera época de la patrística, hicieron suyas las tendencias conciliadoras de Filón. Dotados uno y otro de un amplio y exacto conocimiento de la filosofía clásica, Alejandría que había sido el primer centro del Helenismo, lo iba a ser igualmente de la primitiva ciencia cristiana. Precisamente, en los mismos días en que enseñaba Orígenes, a pocos pasos del *Didascalion*, el pensamiento griego había creado, en un supremo esfuerzo, una síntesis poderosa que, por su teología, se aproximaba al Cristianismo. La especulación pagana había escrito con Plotino páginas de altísima inspiración religiosa, condensando las más depuradas concepciones del mundo antiguo y formulando una doctrina, que aseguraba los últimos éxitos del politeísmo.

Por otra parte, no mucho antes, el alejandrino Celso, platónico, aunque influenciado por el estoicismo, había abierto la polémica anticristiana, continuada por Porfirio, Hierocles, Libanio y Juliano el Apóstata. Su *Discurso verdadero*, arsenal de que habían de echar mano los racionalistas modernos, sin apenas haber conseguido añadir nada a lo alegado por Celso, constituía el primer ataque serio y razonado, al mismo tiempo que político, contra la nueva religión, que con su rígida fórmula: "Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo" (Ef. 4, 5), se oponía al sincretismo reinante, una de las consecuencias del Helenismo.

En estas circunstancias, los maestros de la Escuela catequística, obligados por sus adversarios a dar una respuesta satisfactoria al doble problema de las analogías religiosas entre credos de distinta procedencia, y de la trascendencia del Cristianismo, recurren, ya a la tesis del *plagio*, antes cultivada por los judíos alejandrinos y los primeros apologistas cristianos, ya a la de las *semillas del Verbo*, viendo en las especulaciones de los filósofos paganos fragmentos, partículas de diversas verdades, remota participación del Verbo eterno. La Filosofía —según Clemente— se dio a los gentiles, como otro Testamento, para hacer las veces de la revelación y prepararlos para el Evangelio. La religión no puede disociarse de la Filosofía, puesto que una y otra descansan en la verdad objetiva: una y otra, por su misma naturaleza, son como la verdad, únicas y exclusivas. Jesucristo es el Verbo de Dios, hecho hombre, a fin de conducir a todos los hombres al conocimiento y al amor del Padre.

Este abierto espíritu de conciliación y la constante aspiración de armonizar los diferentes sistemas de la filosofía griega

con las enseñanzas de la revelación, al igual que Filón lo había intentado en su tiempo con el judaísmo; y de erigir la doctrina revelada en un sistema científico, poniendo para ello los recursos de la Filosofía al servicio de la fe y esforzándose por dar vida a la Filosofía con las luces de la revelación, les llevaría a concesiones que una ortodoxia más estricta condenará bien pronto con todo rigor, por cuanto, al lado de concepciones verdaderamente geniales, se encuentran equívocos, tanto más graves, cuanto se hallan en los principios o puntos de partida.

Si el fin de ese generoso empeño no se había logrado plenamente, entrevió, al menos, con toda claridad una relación positiva entre el Cristianismo y la razón: la Filosofía prepara el alma a recibir la fe, sobre la cual la revelación edifica la *gnosis*, demostración firme y estable de lo que se ha recibido por la fe; las ciencias humanas y la Filosofía le sirven de Propedéutica y el tratado *De principiis* de Orígenes, el primero en el tiempo de los teólogos sistemáticos, es la síntesis primera de teología científica, un precedente y atrevida tentativa de sistematización teológica, que abre dilatados horizontes a la especulación de la verdad revelada. Por lo mismo, la deuda que tenemos para con Orígenes, además de haber preservado la vieja cultura intelectual del Helenismo, es la de haberla transformado por su genio en la filosofía perenne del Cristianismo. El, sin duda, es quien hizo posible a un Anselmo o a un Tomás de Aquino. Este será su mérito inmortal: el haber dado derecho de ciudadanía en la Iglesia al concepto de unidad del pensamiento cristiano, aunque su tentativa fuera imperfecta.

La fe y la razón según San Agustín.

Si el Occidente, entre tanto, se había quedado rezagado en esas tentativas de conciliación y de sistematización de la verdad revelada, con San Agustín el centro del desarrollo dogmático y teológico se desplaza, y de Oriente pasa al Occidente, viniendo a ejercer su pensamiento un poderoso influjo en la orientación doctrinal occidental, para marcar una época decisiva en la historia del pensamiento cristiano. Por eso fue San Agustín el gran maestro de Occidente durante toda la Edad Media. Esta influencia preponderante es la característica más acusada hasta la llegada de la filosofía aristotélica. La misión de Orígenes en Oriente aclimatando el neoplatonismo, fue la de San Agustín en Occidente, salvo que el obispo de Hipona supo discernir con mayor habilidad entre las verdades del platonismo y los desva-

ríos, que se le habían asociado. Si hay que reconocer en San Agustín la influencia neoplatónica, en tanto que esta filosofía concuerda con sus ideas religiosas, cuando una contradicción se presenta, jamás duda en subordinar su filosofía a la religión, la razón a la fe, puesto que para él no hay dos verdades; no existe más que una, la que ha encontrado en el Evangelio y cuya razón busca en la Filosofía.

Se ha afirmado con toda verdad que fue San Agustín quien inició a la Iglesia latina en la gran tarea dogmática llevada a cabo en Oriente a partir de Orígenes. En efecto, él fue quien, con su originalidad, del cristianismo primitivo y del neoplatonismo opera una síntesis nueva, en que predomina el elemento cristiano. El resultado podrá ser discutido, pero dominará toda la historia del Cristianismo durante toda la Edad Media. El fue, además, el primero de los Padres, que ha sentido la necesidad de razonar su fe y de proponer los problemas preliminares, que se tratan actualmente en los prolegómenos a la Dogmática. Los alejandrinos, es verdad, habían movido estas cuestiones, pero en ellos lo formal y material de la fe, los fundamentos primitivos y sus deducciones, todo está mezclado. En cambio, el Doctor de la gracia, desde el principio mismo de su conversión, afirma y distingue entre las dos fuentes del conocimiento religioso: la razón y el argumento de autoridad. La fe, por lo mismo, no es un asentimiento ciego o impreciso del alma, que se adhiere a la doctrina sin motivos racionales; es una adhesión intelectual a las verdades que aparecen garantizadas, no por una visión íntima de esas verdades, sino por testimonios dignos de ser creídos.

En cuanto a la preparación para la fe, nadie ha señalado con más claridad y mesura que San Agustín el papel de la razón, que precede y acompaña la adhesión del espíritu. Antes del acto de fe, la razón debe mostrar, no la evidencia intrínseca de la verdad propuesta por el testimonio de autoridad, sino los motivos que ese testimonio presenta para ser creído. Una vez establecido el hecho de la atestación por Dios de la verdad, objeto de la fe, sería necedad esperar para creer a que se resolverían todas las cuestiones y dificultades. Todavía en el acto mismo de la fe, la razón tiene en cuenta los criterios que ponen fuera de toda duda el valor del testimonio, porque aunque éste, científicamente discutido, jamás puede dar la ciencia o evidencia del objeto de la fe, sí debe presentar todas las garantías que exige la razón para el acto de fe. Una vez que éste ha tenido lugar, es cuando el fiel debe buscar la explicación más o menos aproximativa del dogma. Mientras hay unas cosas que para

creerlas necesitamos entenderlas, existen otras que, si no las creemos, no podremos entenderlas. Esta es la gran tesis de tanto relieve en San Anselmo: *Fides qua erens intellectum*, la fe que busca la inteligencia de la verdad.

En resumen, San Agustín es en Occidente el verdadero creador de la Teología. Su principio: *Intellige ut credas, crede ut intelligas*, marca su método en el estudio de la ciencia sagrada; de ahí el valor que concedió a la dialéctica, como propedéutica a los estudios teológicos. Sus ideas acerca de las relaciones entre la autoridad y la razón, entre la fe y la ciencia, toda una teoría del conocimiento de la verdad religiosa y la creación de expresiones adecuadas establecen los principios directivos de la especulación teológica para las edades futuras y señalan el camino seguro para la sistematización de la ciencia divina. Así se explica su influencia absolutamente preponderante en el desarrollo de la Teología. En realidad, los sistemas de la Escolástica medieval no son más que una elaboración del copioso material teológico de San Agustín. (Cfr. M. Grabmann, *Historia de la Teología católica*, Madrid, 1940, pág. 41).

Doctrina de Santo Tomás sobre las relaciones entre la fe y la razón.

Llegamos así, pasando por alto las teorías de los filósofos árabes sobre las relaciones entre la razón y la fe (Cfr. M. Asín Palacios, *Abenházam*, t. I, c. XIII, pp. 160-185), al siglo XIII, en que se enriquece y sistematiza definitivamente la Teología, cuya base es la doctrina revelada, contenida en la Sagrada Escritura y en la Tradición, y se exponen con toda claridad los principios, que deben regular las relaciones entre la ciencia sagrada y la meramente humana. Aparecen, en primer término, deslindados con absoluta precisión los dos campos distintos del saber humano: uno, el de la Teología, ciencia también humana, pero elaborada a la luz de los principios revelados conocidos por la fe; el otro, el de la Filosofía, ciencia también humana, conformada a la luz de los principios de la razón. De esta suerte, la Filosofía ya no abarca, como en Grecia, toda la ciencia, sino tan sólo una parte, que es la puramente humana y racional.

Se establece, al mismo tiempo, la subordinación entre los dos órdenes del saber y se tiende a reducir cada vez más el campo de la Filosofía a una función estrictamente instrumental, colocándola en un plano de absoluta inferioridad respecto a la ciencia sagrada. Pero, aunque se diferencien dos órdenes del

saber, no se reconoce separación alguna entre la ciencia y la filosofía; ésta conserva todavía su sentido universal, abarcando dentro de sí todas las ciencias puramente humanas. "Nulla est scientia —decía Domingo Gundisalvo— quae philosophiae non sit aliqua pars". Santo Tomás, si bien no cultivara, como su maestro San Alberto Magno, todos los campos de la ciencia de su tiempo, conserva, no obstante, la misma visión integral y enciclopédica del saber; reaparece con él el concepto jerárquico de la ciencia ideado por Aristóteles y establece con justeza y precisión los principios que deben regir la subordinación entre las distintas ramas de la ciencia.

Para el Doctor Angélico, el saber racional y el revelado no constituyen una antítesis, sino un conjunto armónico y complementario. Lo sobrenatural no anula lo natural, ni la revelación a la razón. Aunque la verdad de fe exceda la capacidad de la razón humana, no por eso las verdades racionales son contrarias a las verdades de fe. Lo naturalmente innato en la razón es tan verdadero que no hay posibilidad de pensar en su falsedad. Ahora bien, el conocimiento natural de los primeros principios ha sido infundido por Dios en nosotros, ya que El es el autor de nuestra naturaleza. En consecuencia, lo que esté contra ellos está también contra la sabiduría divina. De lo cual se deduce claramente que cualesquiera argumentos que se esgriman contra las verdades de la fe no pueden proceder de los primeros principios innatos, conocidos por sí mismos. No tienen, por consiguiente, fuerza demostrativa, sino que son razones probables o sofísticas.

Las artes liberales, para el Doctor Angélico, deben ser como una preparación para la Filosofía, y por encima de unas y otra, en un plano superior, se halla la Teología, como ciencia sagrada, y que se sirve de ellas como de siervas. Si nadie como él diferenció más clara y distintamente la fe y la razón, la Filosofía y la Teología, la naturaleza y la gracia, nadie tampoco las unión y armonizó más sólida y amigablemente, ni respetó mejor sus derechos y autonomía, a fin de conservar íntegra la dignidad de ambas.

Y por cuanto la Teología es sabiduría suprema debe juzgar de los principios y conclusiones de todas las ciencias humanas; debe ordenarlas al logro de su propio fin, que es la posesión plena y segura de la Verdad primera, y podrá usar de todas ellas, mientras la Teología, en pago, las libertará del error. "De este modo —afirma León XIII— distinguiendo Santo Tomás con sumo cuidado la razón de la fe, y estableciendo entre ambas un amistoso consorcio, ha mantenido los derechos de una y otra

y ha realzado la dignidad de ambas, de tal manera que la razón, elevada a la cumbre del humano saber en alas del genio del Aquinatense, ya casi no puede volar a mayor altura, y la fe apenas puede esperar de la razón más eficaces y más numerosos auxilios que los que ha obtenido por medio de Santo Tomás". (Enc. *Aeterni Patris*).

La fe y la razón en el humanismo y el protestantismo.

Estos principios luminosos de Santo Tomás y su ponderado equilibrio, sobre los cuales hemos de insistir, se echarían más tarde en olvido para llegar, en contra de la tradición y de la realidad, a distanciar la Ciencia de la Filosofía, como si se tratara de órdenes completamente distintos, y, lo que es más grave, por las funestas consecuencias que había de acarrear, a emancipar una y otra de la tutela y alta dirección de la Teología, para establecer divergencia y aun real contradicción entre ellas.

Motivaron este hecho insólito, que habría llenado de asombro a Aristóteles y a Santo Tomás, además de la decadencia de la Filosofía y Teología escolásticas la aparición del Nominalismo, que introduce una profunda mutación ideológica; la reacción antiescolástica del humanismo renacentista y el cultivo de nuevas ciencias, fruto de la orientación experimental, hecho ciertamente admirable, pero que tuvo una lamentable repercusión en el concepto tradicional de la ciencia: de un lado, las ciencias experimentales y exactas, y de otro, una cosa rara, abstracta y nebulosa, la Filosofía, relegada a un plano indefinido, sin otra misión que la de elaborar teorías generales, carentes de valor científico, y por encima de la Ciencia y de la Filosofía, otra cosa más abstracta todavía: la *Metafísica*.

En orden a nuestro estudio importaría poco este fenómeno, si no implicara una tendencia, en los hombres de ciencia, a sacudir el yugo de la ortodoxia. Esta inclinación quedó ya bien patente en el seno de una de las dos corrientes del Humanismo, ya palpables en los dos hombres geniales, que inician re renacimiento literario: Petrarca y Boccaccio. Mientras que para la tendencia representada por Petrarca, el Evangelio es el fundamento único, inmovible de toda ciencia verdadera y Cristo constituye la suprema sabiduría, en tal manera que para filosofar de verdad se debe, ante todo, amarle y adorarlo; la segunda, al abrazar los ideales clásicos con un fanatismo exagerado y morboso, intenta destruir los cimientos de la moral cristiana, desquiciar los fundamentos del Cristianismo y restaurar

el teísmo universal, que se halla en el fondo del sincretismo greco-romano.

Por lo mismo, sus partidarios, más que indiferentes, se muestran hostiles a la Religión, viven en un ambiente enteramente divorciado de la fe de la Iglesia y proponen la lucha del Humanismo contra la ciencia eclesiástica, la Teología, como un combate de la luz contra las tinieblas, preparando así el camino al ímpetu brutal y apasionado del Protestantismo y a las grandes crisis, que han sacudido a Europa en sus cimientos. De hecho, Lutero hubo de sacar bien pronto sus inmediatas consecuencias, al rechazar el Magisterio infalible de la Iglesia. Una Iglesia con trabas intelectuales y morales para dirigir la inteligencia y frenar la voluntad suponía un yugo intolerable e inútil. Cada uno tiene facultad para juzgar de toda doctrina y concedía que la fe puede contradecir a la razón, protestando, en consecuencia, contra la condenación de la tesis averroísta "de las dos verdades".

El racionalismo y la verdad revelada.

Proclamada por Lutero la libertad evangélica, plano inclinado por el cual se ha deslizado el Protestantismo desde los tiempos de su fundador hasta hoy, determinando en el campo de la Teología una transmutación de valores, bien pronto surgió el racionalismo, cuyo postulado fundamental es rechazar, como contrario a la razón, todo concepto que la sobrepuje, es decir, todo el orden sobrenatural. Esta actitud de un sistema, que pone una negación *a priori*, como base de todo estudio e investigación, presagiaba, con toda evidencia, una oposición sistemática a la fe. La fe y la ciencia —se proclama— constituyen dos campos separados, sin puente alguno que los una; la razón autónoma no puede admitir más autoridad que la de la Filosofía y de la ciencia; el problema del valor y certeza de la verdad revelada, en consecuencia, queda zanjado aun antes de ser abordado por la Historia.

Tales eran los principios directrices del pensamiento científico en el último tercio del siglo XIX cuando, en nombre de los derechos de la ciencia, considerada irreductible con la fe, se renovaban de una manera sistemática los ataques del racionalismo contra la verdad revelada, presentando un gran número de dificultades, aparentemente insolubles, estrechamente ligadas con los más graves problemas del orden religioso. A ello contribuía el progreso de las ciencias positivas en los últimos

decenios, incrementado por las insospechadas revelaciones del antiguo Oriente, que surgía de su sepulcro milenario, y mediante las cuales una tras otra, por medio de las excavaciones, Persia, Egipto, Asiria, Babilonia y Palestina con la Fenecia han entregado, con el secreto de sus lenguas, sus textos sagrados, monumentos y civilización.

Al abrir estos hallazgos nuevos horizontes a la ciencia, y al revelar un mundo nuevo hasta entonces desconocido, suministraban a los enemigos de la ciencia sagrada nuevas armas con las cuales impugnar la verdad cristiana: la Filosofía, la Paleontología, la Arqueología y la Prehistoria, puestas al servicio de hombres de intensa actividad científica, suscitaban serias dificultades contra la veracidad de los libros sagrados y, como consecuencia de falsos prejuicios y del general decaimiento de las creencias y sentimientos religiosos, preponderando en la mente de muchos la fuerza de la razón sobre la de la fe, se opuso con frecuencia la ciencia a la Biblia, y teniendo por verdad aquélla fue tachada ésta de error. Las ciencias ya no se cultivan como siervas, para llevar la antorcha de la luz delante de la Biblia, sino como adversarias, para denigrar su antiguo y venerado esplendor.

Uno de los primeros conflictos se abrió desde el principio del siglo XIX, precisamente sobre la primera página de la Biblia, y los golpes partieron de la reciente ciencia de la Geología. Mientras ésta enseña que la tierra se fue formando y poblando con un proceso lentísimo de una serie larga de siglos, el primer capítulo del Génesis nos presenta el mundo formado por Dios en seis días, caracterizados cada uno y distintos en sus dos partes, una luminosa y otra oscura. A estas dificultades presentadas por la Geología, siguieron otras tomadas del campo de la Antropología, sobre todo en cuanto se refiere a la edad del hombre sobre la tierra, de la Historia civil y religiosa del antiguo Oriente y de la Arqueología. Todas ellas se aireaban con extremada ligereza y, no pocas veces, con una ausencia total de probidad científica.

A este ambiente respondía la obra de Draper: "*Sobre los conflictos de la ciencia y de la religión*", cuya novena edición aparecía en París en 1893. Un libro análogo se publicó poco después, escrito asimismo por un americano: "*Historia de la lucha entre la ciencia y la teología*". Revoltillo de hechos inexactos o mal interpretados, de arbitrariedades, que levantan sobre movedizas bases las construcciones más audaces de la fantasía, de él se deducía con evidencia —a juicio de su autor— que la Teología o la fe es enemiga por naturaleza de la ciencia y que existiría siempre un antagonismo irreductible entre ellas, hasta que

la ciencia haya acabado con la Teología. La ciencia —se afirmaba— es esencialmente libre; no puede conocer trabas, no podrá nunca hallarse ligada por opiniones preconcebidas, ni podrá aceptar soluciones premeditadas. Se admitía en ese ambiente, como plenamente demostrado, que la doctrina católica en general, y más en particular muchas enseñanzas contenidas en la Biblia no podían compaginarse con el progreso científico y, en consecuencia, que era necesario elegir entre la verdad católica y la científica, entre la Sagrada Escritura y la ciencia.

Reacción de los católicos.

Los exégetas católicos, persuadidos de que ciencia y fe no pueden contradecirse; de que a la palabra de Dios escrita en los libros inspirados de la Biblia no puede oponerse realmente la voz de los hechos, grabada por la mano de Dios en el mundo creado, o delineada en la Historia, se hallaban de acuerdo sobre el principio de que debía encontrarse una vía de conciliación a las discordancias aparentes, aducidas por los adversarios; más cuál fuese el camino a seguir, cuál el punto de acuerdo, no había sentencia unánime, ni se llegó a una inteligencia real, sino después de titubeos y controversias.

Tales eran las circunstancias en que se hallaba la exégesis católica, al aparecer la obra: "*La ciencia y la Biblia*", Madrid, 1891, del Cardenal Arzobispo de Sevilla, P. Ceferino González, en la que, por lo que se refiere a la necesidad de la renovación de los estudios bíblicos, su autor se adelantaba en dos años al Pontífice León XIII, y señalaba el nuevo método que, años más tarde, convertiría el P. Lagrange en programa de la revista "*Revue Biblique*". Proponía el ilustre Purpurado, dentro de la más estricta ortodoxia, y poniendo como base segura la absoluta inerrancia de la Sagrada Escritura y la extensión de la inspiración a todas y cada una de sus afirmaciones, la necesidad imperiosa de restaurar la exégesis católica, aunando el progreso con la tradición histórica y dogmática; la conveniencia de distinguir adecuadamente entre las opiniones y el dogma, entre las explicaciones de los exégetas y la interpretación auténtica de la Iglesia, entre la inspiración de un texto y la exégesis hecha del mismo por los intérpretes. De esta manera bosquejaba el pórtico del grandioso edificio que bien pronto había de levantar la augusta palabra de León XIII en la Carta magna, la Encíclica "*Povidentissimus Deus*", de los estudios bíblicos.

También por ese mismo tiempo, otro eminente Purpurado,

el Cardenal Newman, discípulo y graduado más brillante que vieron las aulas universitarias de Oxford, y apóstol providencial elegido por Dios para el acercamiento de la Iglesia anglicana, se alarmaba en Inglaterra por las proporciones que tomaba la lucha contra la palabra de Dios, lucha que amenazaba con echar por tierra todo el edificio religioso erigido por la fe y la tradición de diecinueve siglos.

“Se ha preguntado no hace mucho —escribía— qué respuesta podemos dar los católicos a la acusación lanzada contra nosotros por hombres de ciencia sobre que exigimos a nuestros convertidos un asentimiento a ideas e interpretaciones de la Escritura, tiempo ha desacreditadas por la ciencia y las modernas investigaciones históricas”. (*La inspiración de la Escritura*, página 185). En verdad que no le fue dado a Newman conocer en vida las normas seguras de León XIII para resolver esas aparentes contradicciones y que en sus principios fundamentales había ya promulgado el Concilio Vaticano. Llegaron cuando ese espíritu amante de la luz bebía ya a raudales de las fuentes mismas de la verdad: *Ex umbris et imaginibus in veritatem!*, como reza el epitafio grabado sobre su tumba.

Doctrina del Concilio Vaticano.

Y, sin embargo, la respuesta la pudo encontrar Newman en la doctrina promulgada por el Concilio Vaticano, que el 24 de abril de 1870, en la Constitución dogmática “*De fide et ratione*”, haciéndose eco del Concilio V de Letrán, había sancionado un principio, que arroja extraordinaria luz sobre esos conflictos, tan sólo aparentes, que pueden presentarse entre la verdad dogmática y la verdad científica. He aquí cómo se expresa el Concilio: “El perpetuo consentimiento de la Iglesia católica ha sostenido y sostiene que hay un doble orden de conocimiento distinto, no sólo en el principio, sino también en el objeto: en cuanto al principio, porque en el uno por la luz de la razón y en el otro por la fe divina llegamos al conocimiento; en cuanto al objeto, porque fuera de aquellas cosas a que puede llegar la razón natural, se nos proponen, para creer, los misterios escondidos en Dios, los cuales, si no son divinamente revelados, no pueden ser conocidos”...

“Pero por más que la fe sea sobre la razón, no por esto se puede decir que haya contradicción entre la fe y la razón, habiendo el mismo Dios, que revela los misterios e infunde la fe, puesto en el entendimiento humano la luz de la razón. Ahora

bien, Dios no puede negarse a sí mismo, ni la verdad puede estar en contradicción con la verdad. La vana apariencia, por tanto, de la supuesta contradicción proviene principalmente, ya de que los dogmas de la fe no han sido entendidos y expuestos según la mente de la Iglesia, ya de que las opiniones erróneas son tomados por juicios de la razón... No solamente la fe y la razón no pueden jamás estar discordes, sino que, por el contrario, se auxilian mutuamente, demostrando la recta razón los fundamentos de la fe y estudiando, ilustrada con su luz, la ciencia de las cosas divinas, mientras que, a su vez, la fe libra y previene a la razón de los errores y la ilustra con muchos conocimientos”.

La ciencia verdadera, como manifestación que es de la verdad de Dios, no puede estar en contradicción con la verdad revelada, pues dos rayos diversos del mismo sol de verdad no pueden contradecirse. En consecuencia, si apareciera alguna divergencia entre ellas; si después de indagar, profundizar y discutir los fundamentos de la pretendida contradicción no se ofrece a nuestro espíritu la deseada solución, podemos y debemos estar seguros de que existe alguna deficiencia, bien por parte del teólogo, que confunde la verdad dogmática auténticamente definida por el Magisterio de la Iglesia con una opinión más o menos autorizada; o bien por parte del hombre de ciencia, que presenta como un hecho científico, lo que no pasa de ser una simple hipótesis, que investigaciones posteriores demostrarán carecer de base. De hecho, así ha acontecido con no pocas cuestiones que actualmente, después de un renovado esfuerzo, han sido felizmente resueltas.

La Encíclica "Providentissimus Deus".

De estos principios del Concilio Vaticano se hizo eco en repetidas ocasiones León XIII, y así, al anunciar al mundo católico su elevación al Pontificado, afirmaba en su Encíclica *Inscrutabili*: “La verdadera y auténtica Filosofía, lejos de oponerse a la divina revelación, conduce más bien a ella y sirve para defenderla contra los ataques de sus enemigos”, pensamiento desarrollado con amplitud en la Encíclica *Aeterni Patris*, promulgada el 4 de agosto de 1879, y más particularmente en la *Providentissimus Deus*, donde el sabio Pontífice, a la vez que trazaba el programa para una renovación fecunda de los estudios bíblicos y señalaba certeras normas para llevarla a cabo con la altura y ponderación debidas, sancionaba los principios a que debían atenderse tanto los teólogos como los investigadores, a fin de concen-

tar las exigencias de la ciencia moderna con los postulados de la fe.

Amplitud, sí, y libertad de criterio en unos y otros, “porque en las cosas que no son de necesidad de la fe —como ya escribía en su tiempo Santo Tomás— de la misma manera que fue lícito a los Santos Padres sostener opiniones diferentes, también lo es a nosotros” (*In 2 Sent.* d. 2, q. 1, a. 3), pero cuidando cada uno de mantenerse en su campo, sin traspasar los límites de la disciplina, objeto de su actividad intelectual. Y sobre todo honradez científica. A este respecto, deploraba que muchos eruditos estudian y publican los monumentos de la antigüedad con el designio deliberado de sorprender el error en los libros sagrados, debilitar y destruir de este modo su autoridad. Otros, en tal manera confían en los libros profanos y documentos antiguos, que ni siquiera sospechan en ellos trazas de error, al mismo tiempo que rehusan conceder la misma confianza a los libros inspirados, tan pronto como conjeturan, sin discutirla siquiera, una simple apariencia de yerro. Este proceder, en verdad, no es serio ni científico, como tampoco lo es el de quien, sin poder dejar a un lado sus prejuicios, destituidos de todo fundamento objetivo, ataca descaradamente la verdad histórica de los libros inspirados y, si se presenta algún conflicto entre la Biblia y los documentos profanos, dan por supuesta la verdad de éstos, para negársela a la Sagrada Escritura.

A este fin recuerda, en primer término, la prudente actitud observada por San Agustín y que el Santo Doctor recomendaba a San Jerónimo, cuando encontraba en el texto inspirado algún pasaje de difícil interpretación: “Hemos de conceder a los solos libros canónicos este honor de pensar que ninguno de sus autores ha cometido, al escribirlos, ningún error. De esta manera en presencia de alguna cosa, que parece contraria a la verdad, no dudo en ningún modo en afirmar o que el manuscrito es falso, o que el traductor no ha sabido interpretar rectamente el original, o que yo no lo he comprendido” (*Epist.* 82, 1)

Al tratar concretamente de las relaciones y armonía que deben existir entre la Ciencia y la Biblia, recuerda la doctrina del Vaticano en estos términos: “Los hombres doctos deben retener fielmente que Dios, Creador y Señor de todas las cosas, es al mismo tiempo el autor de las Escrituras; nada, por tanto, puede deducirse de la naturaleza, nada de los monumentos de la Historia, que esté realmente en desacuerdo con las Escrituras. Si parece haber alguna contradicción en algún punto, es preciso procurar hacerla desaparecer, ora recurriendo al prudente juicio de los teólogos y de los exégetas para aprender cuál

es el sentido verdadero o verosímil del pasaje de la Escritura que se discute, ora pesando con cuidado los argumentos que a él se oponen... Pues como lo verdadero no puede en manera alguna contradecir a lo verdadero, se debe estar cierto de que se ha deslizado un error, o en la interpretación de las palabras sagradas, o en otra parte de la discusión; pero si no se conoce claramente ninguna de estas dos faltas, hay que suspender la sentencia. Porque durante largo tiempo se han levantado en montón contra las Escrituras innumerables objeciones, sacadas de todas las ciencias, y se han desvanecido después enteramente por no tener valor alguno. Del mismo modo, en el curso de la interpretación se han propuesto muchas explicaciones a ciertos pasajes de la Escritura, no concernientes a la fe ni a las costumbres, que un estudio más profundo ha hecho luego ver de una manera más justa; porque el tiempo destruye las opiniones y las invenciones nuevas, pero la verdad permanece y conserva su vigor eternamente". Y es que la verdad de la Biblia nada tiene que temer de las más cuidadosas investigaciones; al contrario, saca gran ventaja de ellas.

Contra las dificultades que pudieran presentar quienes se dedican al cultivo de las ciencias físicas, cuyos cultivadores no deben olvidar que esas ciencias son falibles por su misma naturaleza, al contrario de las matemático-metafísicas, que gozan de una certeza absoluta, recuerda más en particular otro principio importantísimo, olvidado en más de una ocasión por los teólogos y los científicos, aunque su idea, a la que Santo Tomás dio su expresión definitiva en su aspecto negativo y positivo, hubiera sido ya enunciada por el obispo de Hipona: "Los escritores sagrados, o mejor el Espíritu de Dios que por ellos hablaba no intentaron enseñar a los hombres sobre la naturaleza íntima de las cosas sensibles, que de nada servían para la salvación. Por lo cual, más que hacer un estudio de la naturaleza, proponíanse describir las cosas; bien sea empleando un lenguaje figurado, o bien valiéndose de las expresiones vulgares a la sazón en uso y todavía aceptadas en nuestros tiempos en muchos casos de la vida ordinaria hasta entre los hombres más doctos. Y así como el lenguaje primaria y propiamente expresa lo que se ofrece a los sentidos, también el hagiógrafo narra las cosas como aparecen sensiblemente" (*Sum. theol.* q. 70, a. 1, ad. 3).

No cabe, por consiguiente, contradicción alguna entre el teólogo y el naturalista. La Sagrada Escritura es un libro esencial y primariamente religioso, que habla de las cosas, objeto de la ciencia, no con un criterio científico, sino en orden a los

destinos del hombre. “El Señor —observa San Agustín— no prometió el Espíritu Santo para instruirnos acerca del curso del sol y de la luna, pues quería hacer cristianos, no matemáticos” (*De actis cum Fel. man.* 1,10).

El caso de Galileo.

Tan natural es este proceder de los autores sagrados que hoy nos sorprende el que, en alguna ocasión, se pasara por alto esta regla exegética tan primordial, dando origen a una situación enojosa, explotada hasta la saciedad por los enemigos de la Iglesia, y que ha sido para muchos piedra de tropiezo y escándalo hasta los últimos tiempos. Sin duda que en vuestra memoria está ya presente el caso de Galileo. No es fácil, en verdad, olvidarlo y ya se encargan de recordárnoslo a tiempo y a destiempo. Ni tampoco es éste el momento de tratarlo con amplitud; recordaré tan sólo que, gracias a los trabajos del investigador Favaro, se puede dar, afortunadamente, una base cierta a las discusiones sobre el célebre caso. Admitamos, y nunca trataremos de paliarlo, un error real de parte de los teólogos del Santo Oficio, pero muy explicable y del todo humano, si se tiene en cuenta el sentir común de la época y las circunstancias tan particulares, que concurren en el caso de Galileo.

Elas explican suficientemente por qué no fueron condenados ni inquietados los precursores de Galileo, Nicolás de Cusa y Nicolás Copérnico, a quien Lutero llamaba loco, por pretender trastornar toda la Astronomía, ni tampoco sus contemporáneos Miguel Mästlin y Juan Kepler; lo fue Galileo, por cuanto sin pruebas convincentes, si hemos de atenernos a sus repetidas declaraciones y no lo tenemos por perjuro, proponía como cierta una teoría que, según la opinión general de los científicos de la época, únicamente podía tener el valor de una hipótesis probable. Tal vez el genio de Galileo intuyó la certeza; pero, si en lugar de presentar argumentos eficaces para los demás, sin abandonar el campo propio de sus experiencias, no hubiera descendido al de la Teología, al Santo Oficio no se le hubiera ofrecido la coyuntura de dar un decreto disciplinar que, sin comprometer la infalibilidad de la Iglesia, prohibía enseñar un sistema, que parecía interesar el dogma de la inerrancia y, en consecuencia, el de la inspiración de la Sagrada Escritura.

La conducta de la Congregación lo fue de prudencia y de seguridad, no tanto de la doctrina, como de los fieles, puesto que no se trataba de calificar la verdad especulativa de una hi-

pótesis, sino su cualidad moral; se pronunció un juicio de valor, más bien que un juicio de verdad. La Iglesia no ha intentado nunca poner trabas a los adelantos científicos, pero no siendo una sociedad de sabios, se comprende bien que no debe cuidarse únicamente de la verdad científica; es una sociedad de fieles, cuya fe es el primer bien y el más precioso; es una sociedad de almas, que naufragarían al perder ese don de Dios. Y en este caso, ¿quién no ve que el interés de la ciencia pasa a segundo plano? Mas, puesto que el conflicto es tan sólo aparente, bien pronto tendrá fin una vez lograda una plena luz.

Principios de Santo Tomás.

Y ahora, después de esta pequeña digresión, volvamos sobre los principios de Santo Tomás, claros y precisos como ninguno en orden a la explicación del tema que nos ocupa. Puesto que para él la Teología, además de ciencia, es sabiduría suprema, corona la Metafísica y con ello el edificio de las ciencias. Si la Metafísica es la ciencia más eminente entre todas las humanas y le incumbe el fijar la existencia, naturaleza y propiedades de cada una de ellas, la Teología, que contempla todas las cosas existentes en el plano de la creación desde la atalaya de la eternidad; que conoce a Dios en sí mismo y en Dios, como en primera causa y último fin, contempla todas las cosas creadas, es una ciencia superior a todas las humanas y encierra en su ser la perfección de todas ellas, incluida la Metafísica, que, en el orden natural puramente filosófico, es la reina de todas las ciencias. El Dios de la Metafísica, ciertamente, es el Ser supremo, Causa primera, Verdad infinita, pero contemplada a través de las densas nubes de las criaturas; en cambio, el Dios de la Teología es el Dios en esencia y trino en personas, que se revela directamente a nuestra inteligencia, si bien envuelto en los velos de la fe.

Pero la supremacía de la ciencia teológica, aunque suponga la servidumbre de las demás ciencias, lejos de rebajarlas y humillarlas, las engrandece y realza. Si la Teología debe rechazar como falsa e inadmisibles toda afirmación que no puede armonizarse con sus principios; con todo, no deberá entrometerse a demostrar los principios y conclusiones de las ciencias puramente humanas, pues que son autónomas con principios y conclusiones propios. Si debe ordenar todas las ciencias al logro de su propio fin, lo hará no de un modo positivo, señalándole el camino que deben recorrer en la investigación y estudio de sus respec-

tivos objetos, sino exclusivamente de una manera negativa, indicándoles los escollos, que puedan apartarlas de la consecución de la verdad. Y una tal dependencia lejos de ser dañosa, es, al contrario, un principio de perfección y de progreso.

La Teología, en fin, puede usar de todas las ciencias humanas, ya sea para expresar y defender sus propios principios, ya para inferir de éstos nuevas conclusiones. Así, en la demostración racional de las verdades llamadas por el Doctor Angélico preámbulos de la fe, y de los motivos de credibilidad, la Filosofía y la Historia son indispensables a quien quiera darse a sí mismo y a los demás razón de su fe.

Otro tanto habría que decir de la Filología y del estudio comparado de los textos, que permiten restablecer a su integridad el de la Sagrada Escritura, porque solamente sobre el texto original recae la acción de Dios, para excluir todo error en el autor inspirado. Asimismo, la Geografía y, en especial, las ciencias conexas a la Historia, como la Prehistoria, la Paleontología y la Geología pueden suministrar y suministran de hecho a la Teología precisas indicaciones sobre muchas cuestiones ampliamente debatidas y de suma trascendencia: formación del Universo, origen del hombre, existencia y tiempo del diluvio, unidad del género humano. Observemos, sin embargo, sobre algunas de estas cuestiones, que se entrelazan más o menos con las verdades de la fe cristiana, que no se deben abordar sin determinar previamente lo que es cierto, lo que es tan sólo probable, o que tal vez permanece todavía en el campo de la duda.

Doctrina de Pío X.

Oigamos cómo se expresaba a este respecto el Pontífice Pío XII en la Encíclica *Humani generis*, promulgada el 12 de agosto de 1950. "No pocos piden instantemente que la religión católica atienda lo más posible a tales disciplinas. Lo cual es ciertamente digno de alabanza, cuando se trata de hechos realmente demostrados. Empero, se ha de admitir con cautela, cuando más bien se trate de hipótesis, aunque de algún modo apoyadas en la ciencia humana, que rozan con la doctrina contenida en la Sagrada Escritura o en la Tradición. Si tales conjeturas opinables se oponen directa o indirectamente a la doctrina que Dios ha revelado, entonces tal postulado no puede admitirse en modo alguno. Por eso el Magisterio de la Iglesia no prohíbe que, en investigaciones y disputas entre los hombres doctos de entrambos campos, se trate de la doctrina del evolu-

cionismo, en cuanto al origen del cuerpo humano, de una materia viva preexistente— pues la fe católica nos obliga a retener que las almas son creadas inmediatamente por Dios—, según el estado actual de las ciencias humanas y de la Sagrada Teología, de modo que las razones de una y otra opinión, es decir, de los que defienden o impugnan tal doctrina, sean sopesadas y juzgadas con la debida gravedad, moderación y templanza, con tal que todos estén dispuestos a obedecer el dictamen de la Iglesia, a quien Cristo confirió el encargo de interpretar auténticamente las Sagradas Escrituras y de defender los dogmas de la fe.

Con todo, algunos, con temeraria audacia, traspasan esta libertad de discusión, obrando como si el origen mismo del cuerpo humano de una materia viva preexistente fuese ya absolutamente cierto y demostrado por los indicios hasta el presente hallados y por los raciocinios en ellos fundados, y cual si nada hubiese en las fuentes de la revelación que exija una máxima moderación y cautela en esta materia. Mas tratándose de otra hipótesis, a saber, del llamado poligenismo, los hijos de la Iglesia no gozan de la misma libertad, pues los fieles cristianos no pueden abrazar la teoría de que después de Adán hubo en la tierra verdaderos hombres, no procedentes del mismo protoparente por natural generación; o bien que Adán significa cierta pluralidad de protoparentes, ya que no se ve claro cómo esta sentencia pueda compaginarse con lo que las fuentes de la verdad revelada y los documentos del Magisterio de la Iglesia enseñan acerca del pecado original, que procede del pecado verdaderamente cometido por un solo Adán y que, difundiéndose a todos los hombres por la generación, es propio de cada uno de ellos”.

Según se desprende de estas enseñanzas, la ciencia humana no puede ignorar, cuando se trata de cuestiones en que el dogma está interesado, la existencia de una ciencia sagrada, fundada sobre la intervención inmediata de Dios que, además de haber querido revelarse por medio de la naturaleza, es decir, poder ser conocido con la luz natural de la razón, quiso manifestarse por revelación directa, base de esa ciencia superior, la Teología, que infiere por rigurosa demostración conclusiones de las verdades explícita y virtualmente reveladas, y cuya existencia y naturaleza no pueden ser negadas por el sabio y el científico en nombre de la razón, una vez que el hecho sobrenatural de la revelación haya sido sólidamente demostrado.

Y si la posibilidad y el hecho de la revelación estrictamente sobrenatural pueden ser verificados con toda garantía científica,

arrojar a priori la sospecha sobre las verdades enseñadas por la Teología, no es serio, ni propio de un hombre de ciencia. Ahora bien, si aun las mismas verdades de sentido común prestan un gran servicio a las ciencias y a la misma Filosofía, y si en circunstancias normales se aceptan con reconocimiento las luces de una ciencia superior, que impiden caer en el error, no se ve razón alguna para rechazar de antemano la luz que la verdad revelada nos ofrece.

Libertad del hombre de ciencia católico.

Se ha dicho hasta la saciedad que el creyente no es perfectamente libre en sus investigaciones científicas, por cuanto trabaja con ideas preconcebidas. Pero quien cree en Dios, en su providencia, en el milagro, en la libertad humana, etc., verdades que pueden ser conocidas y demostradas racionalmente, ¿acaso será menos apto para alcanzar y penetrar en las realidades históricas, en los hechos biológicos y en los secretos de cualquier ciencia, que el ateo, el materialista y el determinista absoluto? ¿Por ventura este proceder no tiene origen en una idea preconcebida? Y puesto que el prejuicio existe por una y otra parte, ¿cuál será más favorable a la ciencia y a la investigación de la verdad: el a priori aparente de nuestra fe, que nos preserva del error, o el prejuicio falso? Porque hemos de convenir que si la brújula que señala el Norte, o el faro que indica el puerto, no coartan la libertad del navegante, tampoco las luces superiores de la fe limitan la libertad del sabio, al indicarle la meta segura que han de alcanzar sus estudios. Acontece en el orden intelectual lo que en el moral y jurídico: de la misma manera que una ley justa no se opone a la libertad, sino al abuso de la misma; así, tampoco la verdad revelada destruye la verdad científica, sino que impide al hombre de ciencia caer en el error o en el escepticismo. Una tal dependencia, por tanto, lejos de ser dañosa, es, por el contrario, un principio de perfección y de progreso.

Por lo mismo, convengamos también en que en la mayoría de los casos son axiomas puramente subjetivos o prejuicios doctrinales de orden filosófico, histórico o religioso los que prejuzgan las conclusiones, eliminando de antemano todo lo que no está de acuerdo con ellas o les es contrario. Renan comparaba al teólogo o exégeta católico al pájaro que, encerrado en una jaula, ha perdido su libertad; estimamos que la verdad, lejos de ser una jaula, es luz que preserva de las tinieblas del error,

entre otros, el de ser seducido por el reclamo de una falsa libertad, señuelo que ha engañado a tantos hombres de ciencia, para caer sin remedio en la trampa de la heterodoxia.

Necesidad de disposiciones de orden moral.

Finalmente, no olvidemos que las disposiciones morales influyen y deciden en la aceptación o repulsa de la verdad religiosa, por cuanto el entendimiento es ciego, si el corazón no siente a Dios. En la génesis de la fe en un adulto, aunque el creyente preste su asentimiento a la verdad revelada en virtud de las razones que se alegan para probar la credibilidad de esa verdad, lo hace en primer término y principalmente por la gracia divina que le ilumina y le mueve a creer. Esto es lo que quiso expresar el Divino Maestro al decir: "Nadie puede venir a mí si no le trajere el Padre, que me envió" (*Jn. 6, 44*), y el Padre no traerá a nadie que no lleve a la averiguación del reino de Dios una vista limpia de espejismo, sencillez de niño, rectitud, sinceridad y amor a la verdad, que nunca puede ser fecunda en las almas, si la voluntad no está bien dispuesta en orden a Dios. Es decir: para ser enseñados de Dios es preciso desearle, no contentarse con el propio saber. Jesús había de esforzarse por iluminar a los sabios y a los prudentes; pero, porque se tenían por sabios y confiaban en sus propias luces y, siendo ciegos, creían que veían, dejaron pasar la luz a su lado, sin ser iluminados.

"La luz —escribe el apóstol y evangelista San Juan— ha venido al mundo, y amaron los hombres antes las tinieblas que la luz, porque eran malas sus obras. Porque todo el que obra el mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que no sean puestas en descubierto sus obras; mas el que obra la verdad, viene a la luz, a fin de que se manifiesten sus obras como hechas en Dios" (3, 19-21). Jamás ha sido dicho nada tan enérgico sobre la relación existente entre la rectitud del pensamiento y la rectitud de vida. Y ciertamente, es imposible adquirir la rectitud del espíritu, si a la vez no hay esfuerzo por adquirir la rectitud de vida. Por tanto, el rechazar la luz es, en muchos casos, una consecuencia de la obstinación en no vivir conforme a las exigencias de la verdad. Al contrario, quien ama sincera y ardentemente la verdad, ésta le hará libre. (*Jn. 8, 32*).

Comentando San Agustín las palabras de Jesús: "Nadie puede venir a mí, si el Padre no le trae", dice: "Si fue lícito decir al poeta: "A cada uno le arrastra su contenido" (*Virgilio, Egl. II,*

65), con cuanta más razón debemos nosotros afirmar que es atraído a Cristo el hombre que se complace en la verdad, que se deleita en la virtud, que se recrea en la justicia y se goza en la vida bienaventurada, todo lo cual es Cristo. El que ama comprende lo que digo; en cambio, el indiferente nada puede entender de todo esto". (*Tract. in Joan*, 26). Despunta aquí la armoniosa unidad del alma agustiniana, para quien la luz intelectual no va jamás separada del calor del afecto. Y dice enérgicamente sobre la adquisición de la verdad revelada: "*Amore petitur, amore quaeritur, amore pulsatur, amore revelatur, amore denique in eo, quod revelatum fuerit, permanetur*". Por eso no teme el afirmar que el conocimiento de la verdad es el fruto de la virtud, no su causa. Buscar la verdad para purificar el alma es una ilusión, un desorden; es necesario, al contrario, purificar el alma para ver la verdad.

Y es que en todo orden de conocimientos el amor hace ver; pero el amor de complacencia, que se detiene en el objeto, por cuanto la verdad no abre su hondo sentido más que cuando se le pregunta con amor, al igual que las almas no se dejan descifrar, sino en proporción al efecto que se les profesa. Ahora bien, la revelación sobrenatural es una llamada amorosa de Dios y sólo puede comprenderla, por consiguiente, quien la oye y estudia con actitud amorosa; el obcecado, el indiferente no podrá jamás comprenderla.

Además del amor de Dios, fin supremo de la verdad revelada, me atrevería a señalar también la humildad como una de las más bellas disposiciones para la investigación de esa misma verdad. Vuelvo a citar palabras del Doctor de la gracia, San Agustín: "Este es el camino —decía— que conduce a la verdad: el primero la humildad, el segundo la humildad y el tercero la humildad; y cuantas veces me preguntes he de responder esto mismo". (*Espist.* 118 *ad Dioc.*). Y en las *Confesiones* manifiesta, al igual que acontecía a San Jerónimo con la lectura de la Biblia y de los clásicos, la repugnancia que experimentaba cuando decidió dedicarse al estudio de las divinas Letras, después de haberse sumergido, durante su juventud, en la lectura de Cicerón y demás autores profanos: "Me pareció —escribe— indigna de ser comparada la Sagrada Escritura con las bellezas ciceronianas. Mi soberbia tenía horror a su simplicidad y mi inteligencia no penetraba su meollo; se lo penetra tanto mejor, cuanto más pequeño uno se hace, pero yo sentía repugnancia en hacerme pequeño y la hinchazón de mi suficiencia me agigantaba a mis propios ojos". (*Conf.* 3, 5).

Merece también ser citado, a este respecto, un pasaje de

San Isidoro: "Conozco hombres que prefieren las sentencias de la sabiduría pagana, por su estilo hinchado y cargado de adornos, a la Sagrada Escritura con su humilde expresión. Mas, ¿de qué sirve progresar en las doctrinas mundanas y quedarse vano y vacío del saber divino? Los dichos de los gentiles brillan de elocuencia exterior e interiormente les faltan virtud y luz. La lengua de los santos, por el contrario, aparece descuidada por fuera, mientras que por dentro resplandece una misteriosa sabiduría. Por ello dice el Apóstol: *Habemus thesaurum istud in vasis fictilibus* (2 Cor. 4, 7). En verdad, el discurso del Señor oculta en vasos lingüísticos muy humildes el fulgor de la sabiduría y de la verdad. Por eso, los libros sagrados están escritos en estilo sencillo, para que los hombres sean llevados a la fe, no por una sabiduría verbalística, sino por la voz del espíritu". (Sent. c. 13).

Y en el capítulo décimo del mismo libro había escrito: "Donde la gracia no ayuda, las doctrinas científicas pueden llegar al oído, pero nunca jamás descenderán hasta el corazón; sonarán ruidosas por fuera, mas dentro no darán provecho. Sólo cuando la gracia divina mueva y abra el entendimiento, llegará la palabra de Dios al fondo del corazón. Porque así como Dios alumbra a unos con el fuego de la caridad, hasta que alcancen un saber vital, así abandona a otros a su tosca frialdad y cierra su mente".

El orgullo del espíritu, en particular, es el gran obstáculo a la conquista de la verdad sobrenatural, en tal manera que San Agustín pudo decir que si los filósofos no se rendían a las pruebas de la fe, era porque persistían en él: "in superbia et invidia remanentes". La causa de esta actitud la encontraba el santo Doctor en que la verdad religiosa se presenta al hombre, no a manera de un frío teorema que ha de ser contemplado, sino como un bien que es necesario abrazar con toda el alma, a fin de hacerlo regla de la vida. La religión no es solamente una doctrina; es asimismo una vida y exige que el hombre se entregue por entero a la verdad.

La humildad, por tanto, es la mejor disposición del espíritu para alcanzar y vivir la verdad revelada. Quien se tenga por sabio, que no olvide la contraposición que establecía Platón entre *sofía* y *sabiduría*. Los hombres, por sabios que sean, tan sólo son filósofos, es decir, amantes o aficionados a la sabiduría; la ciencia perfecta es exclusiva de Dios, el sabio por excelencia. (Fedro, 270 d).

Ahora bien, la Sabiduría, el Verbo, la Palabra de Dios es Cristo, el único Maestro, por cuanto solamente El tiene pala-

